

LA BARRERA DEL SONIDO

MIGUEL MENA

El viernes supimos que existía en la ciudad un investigador cuyos trabajos acababan de recibir el reconocimiento de una prestigiosa revista científica. Por supuesto, rápidamente hicimos gestiones para que viniera a la radio. El científico, un hombre muy cordial, aceptó y dijo que estaría en nuestros estudios el lunes a las diez de la mañana. Se presentó tan puntual como había prometido, pero en una posición que nosotros no habíamos previsto: llegó sentado en una silla de ruedas. Al parecer, eso no es ningún inconveniente para investigar sobre los aminoácidos, pero sí lo supone para ser entrevistado en Radio Litoral. Nuestros estudios están en una primera planta y desde la recepción hasta ellos se accede por una vieja escalera de caracol, tan estrecha que dos hombres sólo pueden cruzarse en ella si durante las últimas semanas han sido rigurosos con su dieta.

Primero intentamos subirlo con la silla. En ese intento fracasamos cuatro personas porque no teníamos espacio para alzarlo cómodamente. Probamos a hacerlo sin silla, pero el profesor pesaba más de cien kilos y sólo podíamos cogerlo entre dos, por lo que también nos fue imposible. El director llamó urgentemente a su cuñado, propietario de una empresa de mudanzas, que nos prestó una plataforma elevadora de las que usan para meter muebles y electrodomésticos por la ventana. El profesor confesó que tenía vértigo, pero se sentía tan apurado por los problemas que estaba originando que accedió a subir en el montacargas. Tampoco sirvió de nada: al llegar a la ventana nos dimos cuenta de que necesitaríamos desmontar las jardineras para poder introducirlo por allí. Lo bajamos otra vez. El profesor seguía pidiendo disculpas por los inconvenientes. Llamamos a los bomberos, que vinieron con una escalera, un arnés, una maroma y un juego de poleas, e intentamos meterlo por el patio interior. Colgamos al profesor por el pecho y lo ascendimos tirando de la cuerda entre seis, pero la presión del arnés le produjo un ahogo, sufrió un violento ataque de tos y hubo que bajarlo otra vez porque se quedaba sin respiración. Volvimos a la calle con la idea de recabar la ayuda de una grúa o un helicóptero para depositarlo en la azotea, y justo en ese momento pasó por allí un redactor de Radio Costa (la emisora de la competencia) que llevaba una grabadora. Dijo: «Qué sorpresa, profesor, usted por aquí, qué bien, precisamente quería hacer un reportaje sobre su vida». y allí mismo, delante de nuestras narices, pulsó el botón rojo y le grabó una entrevista exclusiva cuya primera pregunta fue si las barreras arquitectónicas habían supuesto algún obstáculo en su formación académica. No quisimos seguir escuchando porque da mucho coraje que te arrebatan un invitado con tan malas artes. En esta profesión se está perdiendo la ética y el compañerismo. Una pena.